



## CORONAVIRUS DISEASE; COVID-19

### EL ÚLTIMO PASTEL, COSAS DE LA INGRATITUD

Este número 151 de nuestro Boletín sigue siendo diferente. Sigue siendo buena época para reflexiones más concretas.

La Ingratitud se define como desagradecimiento, olvido o desprecio de los beneficios recibidos. Sería, siguiendo a la RAE, lo contrario del sentimiento que nos obliga a estimar el beneficio o favor que se nos ha hecho o ha querido hacer, y a corresponder a él de alguna manera.

Así definida, la gratitud parece algo bien conocido, aunque no tan practicado. Más usual en nuestro días parece el olvido o desprecio de los beneficios recibidos. Realmente, si reflexionamos, casi todo lo que somos lo debemos, se nos ha dado. Una vida, un hogar, una educación (mejor o peor), orientaciones, consejos, apoyo, ayudas, familia de origen, escuela, abundancia o escasez, un cuerpo, unas capacidades, y un larguísimo etcétera que configura lo que hoy somos. Es a partir de lo recibido cuando hemos podido hacer más o menos por nosotros mismos y ni siquiera eso lo hemos logrado sin ayuda, por una u otra razón, siempre hubo alguien a nuestro lado alentando nuestros esfuerzos.

Sin embargo, es muy frecuente en nuestro tiempo la figura del sordo-ciego en gratitud. Aquellos que ni escuchan cuando oyen ni ven cuando miran. De ese modo no se puede ser agradecido, no se puede tener apertura a los demás, podría decirse que “vivo en mí y conmigo”. Soy principio y fin, nada más allá de mí. Agradecido, ¿de qué?

Ocurre muchas veces que tras esa falta de apertura no hay sino insatisfacción, vital y profunda. Dan ganas de re-crearse, de ser otra persona, tal vez cambiando un cuerpo que no agrada, por feo, por gordo, por todo, ¡qué más da! No me gusta y punto, lo odio, se oye decir a veces. ¿Agradecido?, ¿de qué? Prefiero morir que verme así, es un grito a veces desgarrador de protesta ante la vida.

Para que alguien dirija su ser hacia su forma de estar en el mundo como un ser para ser visto, hace falta un gran giro en los principios elementales de una vida con

sentido. Un ser para ser visto, por uno mismo o los demás, en buena medida se objetualiza, se cosifica.

Es como esa historia...

*Se había levantado a las 4 de la mañana para, como cada día, acudir presto a su panadería-confitería. A las 5 en punto entraba por la puerta trasera y comenzaba los preparativos. La chica que trabajaba con él y un muchacho que se encargaba del pan llegaron a las 5.30. Los tres se pusieron manos a la obra. Joaquín empezó a preparar los pasteles. Harina, azúcar, ralladuras, chocolates variados, crema, nata, trufa, hojaldre, guindas, yema tostada, etc. Con todo eso haría, como cada mañana, un buen surtido con tamaños diversos. Estuvieron trabajando hasta las 9 y con todo el pan y los dulces preparados, comenzaron la tarea de colocar todo en el escaparate exterior y en los expositores interiores. En lugar destacado estarían los pasteles, era domingo por la mañana, una mañana fresquita, y la gente solía comprar su bandeja de pasteles.*

*A las 10 en punto subían la persiana y abrían la puerta al público. Al principio iban a por pan, bollos, barras, rústicos, etc. Hacia las 11.30, el pan se había vendido y comenzaban a acudir los clientes amantes de los dulces. Tartas, bollos, tortas, tartas heladas, un sinfín de productos, y los pasteles.*

*De repente, los pasteles comenzaron a hablar entre sí...*

*\_ Oye, Nati, ¿crees que le gustarás a alguien?*

*– Ni idea Yemi, creo que tengo cualidades pero nunca se sabe...*

*– Pues yo creo que voy a tener éxito –añadió Trufi*

*Los demás callaban y miraban hacia el exterior. Todos pensaban, algunos soñaban con ser muy deseados, otros con que a alguien hicieran gracia y otros, algo más pesimistas, no tenían claro si acabarían gustando a alguien. Nati, Yemi, y Trufi callaron al fin, entraba alguien y preguntaba por los pasteles. Se puso a hablar con Joaquín, quien decía que todos eran unos fantásticos pasteles. Al cabo de unos minutos...*

*– Adiós Nati, decían todos, alguno con cierta tristeza*

*– Como siempre, Nati es la que más éxito tiene –clamó Yemi*

*– Tienes razón, respondió Trufi, tiene algo que a la gente le encanta, qué envidia, ¡quién fuera Nati!*

*Y así, transcurría la mañana, los pasteles iban desapareciendo de los expositores. Nati, Yemi, Trufi, Creami, Choqui y otros, todos se habían marchado. Sólo, en una esquina, había quedado Pena. No tenía esperanza. Hablaba consigo<sup>2</sup>*

mismo: “nadie me quiere, no han visto nada en mí, no valgo la pena”. Siguió pensando, el llanto le ahogaba y sentía que, en realidad, era cierto, no valía la pena. ¿Quién le iba a querer? Todos los que se habían marchado mostraban algo atrayente, algo valioso a ojos de los demás, tarde o temprano todos habían sido queridos. Pero él no, Allí había quedado, solo, en una esquina de una bandeja. Ya eran las 2 de la tarde, casi la hora de cierre, de hecho hacía algunos minutos que nadie entraba en la tienda y Joaquín, junto con los dos empelados, empezaba a recoger las cosas y a limpiar.

Entretanto, Pena seguía pensando. “Es normal, no tengo nada que valga la pena, de hecho no soy nada que valga la pena”. Estaba en ello cuando...

– Joaquín, en esta bandeja ha quedado un pastel, ¿qué hacemos? – preguntó la trabajadora.

– Siempre igual, no es la primera vez que pasa, el otro día ocurrió igual y tu compañero dijo que ese pastel le encantó. En fin, la gente no sabe apreciar las cosas, está riquísimo, es el más sofisticado, el que lleva mejores ingredientes, pero parece que no se dan cuenta. Bueno, pues a mí me encanta, así que no va a quedar ahí. Yo sé lo bueno que está, lo difícil que es hacerlo y la satisfacción que da al verlo una vez hecho.

Pena escuchaba la conversación, sólo se le ocurrió pensar que Joaquín no podía hacer otros comentarios. ¡Qué va a decir él!, exclamó para sí. Él me ha hecho, me ha dado los mejores ingredientes, le ha costado mucho hacerme, me ha colocado aquí apropiadamente... ¡qué va a decir! Pero, en realidad, no valgo nada, a nadie gusto, las personas que no me conocen no ven nada en mí, nada debo tener que valga la pena, diga lo que diga, ahí está la realidad, nadie me ha querido. Joaquín tendría que cambiar los ingredientes, darme otra forma, ponerme en otro lugar de la bandeja o en otro expositor, tal vez con otros que no sean tan apetecibles, con estos no tengo nada que hacer. Volvió a escuchar...

– Pues tu compañero seguro que tiene razón, parece que debe estar buenísimo – dijo Joaquín a la trabajadora

– Pues nada, Don Joaquín, el próximo día si queda Pena ahí, para mí, ¿puedo?

– ¡Claro!, no te arrepentirás

En esas, Pena seguía a lo suyo. Don Joaquín, el muchacho, la muchacha, todos trabajan aquí, no pueden decir que no valgo la pena, su opinión no me vale.

*La chica retiró la bandeja cuando la puerta aún estaba abierta, en ese momento entró una mujer...*

*– ¿Les quedan pasteles? Sé que es tarde pero voy camino de casa, antes no pude entrar. Al pasar vi que quedaba uno muy apetecible y pensé que antes de llegar a casa entraría a por él. ¿Ya no hay?*

*Pena, que oyó todo, no daba crédito. Finalmente pensó: “seguro que no se refiere a mi”*

Al igual que Pena, muchas veces pensamos que para ser queridos deberíamos ser de otra manera, tener otro aspecto, con lo que somos no es suficiente. Eso encierra alguna trampa. Rara vez pensamos en los que somos, en nuestro ser. En realidad, en la sociedad, desde hace siglos venimos confundiendo algunas cosas. Llega al punto de que a veces una chica te llega a decir que ES anoréxica. Sabemos que esa forma de hablar, convencionalmente, es útil para entendernos. Así algún dice que es músico, médico o maestro. En realidad, se trata de que SON tres personas que ejercen, actúan en la vida como músico, médico o maestro. Y antes de ejercer de todo eso ERAN personas, las mismas que ahora SON. No son mejores ahora ni más valiosas como personas. No nos damos cuenta de que nuestra valía, nuestra dignidad, está en el hecho de SER personas, no en ser esto o aquello. No es fácil en una sociedad relativista, materialista y utilitarista. Al igual que Pena, muchas veces se piensa que para ser querido no basta con ser persona. No debería ser así. Toda persona puede ser querida. Ante Pena, Joaquín es sospechoso por ser su creador, el muchacho y la muchacha por ser trabajadores para Joaquín, y la clienta del final del relato le parece que no se refiere a él. De un plumazo ha eliminado a cuatro personas que le aprecian tal cual es, y no sólo eso, hablan de su valía. Pero Pena tiene otra idea acerca de cómo debería ser, se centra más en cómo debería ser que el hecho de cómo es. Parece más preocupado en cómo debería presentarse ante el mundo (eso hacemos a modo de escaparate) que en el hecho de ser agradecido por SER, y ser tal como es, con todo lo que le ha sido dado. Pena es realmente ingrato, muestra desagrado, olvido o desprecio de los beneficios recibidos, como decíamos al inicio.

Deberíamos reflexionar sobre estas cuestiones (¡y tantas otras!). A pesar de todo lo que nos es dado desde que nacemos, siempre parecemos insatisfechos, parecemos tener una sed que nada puede apagar. Tenemos logros y más logros, compramos, salimos, tenemos títulos, vamos aquí y allá, pero al poco tiempo vuelve a surgir el vacío, la insatisfacción. En esos momentos no “vemos” nada de cuanto tenemos, nada a nuestro alrededor, de las personas que nos quieren tal y como somos,<sup>4</sup>

que no sólo nos quieren sino que además gracias a ese amor ven en nosotros lo que otros no ven. El amor no es ciego como suele decirse; al contrario, da un conocimiento más hondo de la otra persona, permite conocer en el otro lo que nadie podría llegar a conocer. Por eso, cuando nos quejemos de que no valemos, de que nuestra autoestima está por los suelos (expresión muy socorrida para no decir nada en realidad), pensemos en los que somos y en que los que de verdad nos quieren son los que mejor conocen lo que somos. Tal vez en ese momento sobra soberbia y falta escucha. Mejor pues, escuchemos.